

Reflexiones sobre el capítulo 6 de Juan

Arzobispo Naumann - Semana 3



Diácono Bill Scholl:

Bienvenidos a “Encendiendo nuestros corazones con asombro eucarístico”, del arzobispo Joseph Naumann, de la Arquidiócesis de Kansas City, en Kansas, una serie de reflexiones sobre el evangelio de Juan, mientras contemplamos el maravilloso don de nuestro Señor a través de la acción de la Misa, cuando Cristo se nos da en la Eucaristía. (música)

Arzobispo Joseph Naumann:

Amigos: soy el arzobispo Joseph Naumann y continuamos con nuestras meditaciones sobre el sexto capítulo del evangelio de San Juan. Hoy vamos a leer los versículos 41 a 51. Dice así:

“Los judíos murmuraban de él, porque había dicho: ‘Yo soy el pan bajado del cielo’. Y decían: ‘¿Acaso este no es Jesús, el hijo de José? Nosotros conocemos a su padre y a su madre. ¿Cómo puede decir ahora: *Yo he bajado del cielo?*’. Jesús tomó la palabra y les dijo: ‘No murmuren entre ustedes. Nadie puede venir a mí, si no lo atrae el Padre que me envió; y yo lo resucitaré en el último día. Está escrito en el libro de los Profetas: *Todos serán instruidos por Dios*. Todo el que oyó al Padre y recibe su enseñanza, viene a mí. Nadie ha visto nunca al Padre, sino el que viene de Dios: sólo él ha visto al Padre. Les aseguro que el que cree, tiene Vida eterna. Yo soy el pan de Vida. Sus padres, en el desierto, comieron el maná y murieron. Pero este es el pan que desciende del cielo, para que aquel que lo coma no muera. Yo soy el pan vivo bajado del cielo. El que coma de este pan vivirá eternamente, y el pan que yo daré es mi carne para la Vida del mundo”.

Bien, mientras escuchamos las enseñanzas de Jesús, y de nuevo, si lo recuerdan, esto es... Él está dando este discurso del pan de vida después de haber realizado el milagro de las multiplicaciones del pan y los peces. La gente lo perseguía porque quería ese pan y ese pescado gratis todos los días. Y aprovecha la ocasión para decirles: “No busquen este pan físico, sino busquen este pan”.

Así comienza esta porción de hoy, en la que los judíos están murmurando. Siempre me encanta cuando las escrituras utilizan ese término. Murmuran entre ellos. Tienen estas conversaciones laterales y dicen: “¿Cómo puede ser el pan del cielo? ¿No es este Jesús, el hijo de José? Conocemos a su padre y a su madre. ¿Cómo puede decir que ha bajado del cielo?”. Por lo tanto, creo que debemos tener cierta simpatía por esta multitud judía, porque están mirando a Jesús. Lo han visto físicamente presente, y ahora él se describe a sí mismo como este pan bajado del cielo.

Creo que está tratando de ayudarles a comprender el amor de Dios por ellos y cómo Dios está cumpliendo las promesas que hizo a los profetas. Está delante de sus ojos, que Jesús es el largamente esperado, pero viene de una manera muy diferente a la que ellos imaginaban al Mesías. Pensaban en un líder militar, alguien que restaurara la dinastía de David. Pero en cambio, viene como este predicador, este predicador itinerante que creció en este lugar

apartado de Nazaret. Y por lo que parece, hay mucha ironía que Juan utiliza en el evangelio en este pasaje, particularmente porque dicen: “Bueno, sabemos quién es el padre”. En realidad no saben quién es su padre.

Y luego termina hablando del maná en el desierto, porque antes, si lo recuerdan, habían dicho: “Bueno, Moisés le dio maná al pueblo”. Y de nuevo, están pensando en estos términos físicos de que Jesús continúe proporcionándoles el pan. Pero dice: “Moisés no es realmente el que dio el maná. Fue Dios quien les dio el maná”. Pero ahora Dios quiere darles algo aún más poderoso, más precioso, esta capacidad de recibir realmente a Dios mismo.

Amigos míos, si pudiéramos darnos cuenta por un momento de lo que se nos ofrece cada vez que venimos a la Eucaristía, que es Jesucristo quien se nos presenta y que se nos dio en las aguas del bautismo. Se nos ha entregado su propia vida. Y ahora quiere venir en este sacramento para alimentar esa vida en nosotros, para fortalecer esa vida en nosotros, para renovar esa vida en nosotros. Y cuando venimos a recibir al Señor en este sacramento, si somos conscientes del milagro que se nos ofrece, qué regalo es.

Muchos, creo, en nuestra iglesia católica a veces, en mis conversaciones con ellos, se desaniman a veces por el lenguaje de que el Señor quiere tener una relación personal o una amistad con nosotros. Creen que eso es de alguna manera protestante. No es protestante, es el Evangelio y es lo que Jesús vino a hacer para que podamos compartir su misma vida. Y que al recibir la Eucaristía, recibimos este pan de vida y nos convertimos en lo que estamos recibiendo. Estamos recibiendo la vida de Jesús mismo. Viene a nosotros de esta manera para capacitarnos entonces para ser su presencia viva en el mundo. Así que cada vez que recibimos la Eucaristía, es un momento en el que el Señor intenta ayudarnos a tener un nuevo encuentro con él. Cada recepción de la Eucaristía nos ofrece eso.

No debería sorprendernos que Jesús viniera a nosotros de una forma que parece tan poco llamativa, este simple pan, este pan sin levadura. Lo es. Es bastante extraordinario lo que creemos, que Dios esté presente allí, que el creador del cosmos, el Señor de los señores y Rey de los reyes, se haga presente ante nosotros de esta manera. Pero de nuevo, cuando pensamos en Jesús, lo que creemos en la Encarnación, que Jesús, el hijo de Dios, la segunda persona de la Trinidad, vino a nuestro mundo y fue concebido en el vientre de María y nació en las austeras circunstancias de Belén, y creció en este pequeño pueblo del que nadie había oído hablar realmente, y pasó la mayor parte de su vida adulta como trabajador, que Dios vino a nosotros. Esta gran humildad que Dios muestra al querer entrar en nuestra condición humana, en nuestras vidas para que podamos entrar en la suya.

Este es el gran milagro que se nos presenta en todas y cada una de las Eucaristías. Pero podemos ser como la gente a la que Jesús dirige por primera vez esta enseñanza. Podemos murmurar y decir: “¿Cómo puede ser esto Dios? ¿Cómo puede ser esto Jesús? Esto es sólo un trozo de pan”.

A veces siempre me sorprende. Quiero decir, lo entiendo, pero cuando los ministros de la Eucaristía a veces se reúnen y se reparten las responsabilidades, pueden decir: “Bueno, yo voy a ministrar el vino. Yo voy a ministrar el pan”. No, no estás ministrando vino y pan, estás ministrando el propio cuerpo de Jesucristo, la sangre de Jesucristo. Y, por supuesto, estas palabras sorprendieron a la gente que las escuchó por primera vez.

Es interesante. Quiero decir, una de las críticas al cristianismo primitivo era que los cristianos creían en el canibalismo, porque el lenguaje era tan chocante en muchos sentidos que estamos comiendo la carne de otra persona, que estamos bebiendo su sangre. Pero, por supuesto, entendemos que Jesús está diciendo: "Te doy mi propia vida". Eso es la Eucaristía, que recibimos la vida misma de Jesús de nuevo en nuestras vidas.

Así que cuando lo piensas y lo entiendes de esa manera, ¿qué podría ser más importante que recibir a Jesucristo en la Eucaristía? ¿Qué puede ser más prioritario en nuestras vidas que venir a la Eucaristía, venir a Misa? ¿Qué puede ser más importante para nosotros?

Creo que es triste, pero a veces oímos que la gente expresa que va a "encajar" la Misa. O incluso ahora hay algunos estudios de datos que definen a los católicos practicantes como los que vienen dos veces al mes. Pues no, eso no es cierto. Tenemos el privilegio de recibir la Eucaristía a diario, si la aprovechamos. Pero al menos debemos acudir semanalmente al Señor en este sacramento. ¿Qué podría impedirnos?

Creo que muchos se han centrado en las últimas semanas en la tragedia de la invasión rusa de Ucrania. Me trae todos los recuerdos de cuando crecía, cuando hablábamos del Telón de Acero y de que el comunismo ateo dominaba no sólo a Rusia, sino a todos estos países de los que se habían apoderado, y que les imponían este comunismo ateo.

Fue en ese contexto que Juan Pablo... Creció primero bajo los nazis y luego bajo los comunistas. Fue bajo ese comunismo ateo que ejerció su ministerio como sacerdote y obispo y sufrió la persecución que había. Pero la fe en Polonia era tan fuerte que nunca pudieron erradicarla totalmente. Tuvieron que tratar a la iglesia con cierta cautela porque se dieron cuenta de lo importante que era para el pueblo polaco. Y la transformación que se produjo.

Por supuesto, Juan Pablo, al ser elegido como papa, fue considerado... no podemos apreciarlo hoy, pero en aquel entonces, que un no italiano fuera elegido como papa, esto no había sucedido durante cientos de años. Y que sería un papa que creció en Polonia bajo la dominación del comunismo ateo.

Así que Juan Pablo, una de sus... No fue su primera visita, pero una de sus primeras visitas fue ir a Polonia. El gobierno intentaba no dejarlo entrar, pero había mucha presión, una presión mundial. Así que se va a Polonia. De hecho, hay un DVD que se titula "Nueve días que cambiaron el mundo" que expone lo que ocurrió cuando el Papa estuvo en Polonia. Pero hay una escena en la que Juan Pablo está celebrando una Misa en esta enorme plaza con más de un millón de polacos allí, y la gente empieza a gritar en un momento dado: "Quiero a Dios. Queremos a Dios".

Pienso en eso y en cómo eso fue el comienzo de todo el desenredo del Telón de Acero y de la libertad que ahora disfrutan estos estados. Y ocurrió sin derramamiento de sangre, lo que es, de nuevo, sorprendente. Pero fue ese momento, creo que fue un momento crucial de la historia, y estaba ocurriendo en este contexto de la Eucaristía y el pueblo polaco gritando que quería a Dios.

Y al pensar en eso cada vez que venimos a Misa, ¿venimos con ese deseo de querer a Dios? Porque se pone a nuestra disposición en todas y cada una de las Misas. ¿Y llegamos allí con el temor de que el Señor nos invite a venir y a recibirlo en este bendito sacramento?

Cuando oímos a los jóvenes y a veces a los ancianos decir: “Bueno, no saco nada de la Misa”. A veces hablan de que no les ha gustado la homilía o que no la han encontrado inspiradora o lo que sea. Nosotros, los sacerdotes, tenemos una gran responsabilidad en hacer esas homilías lo mejor que podamos. No debemos ser artistas, sino intentar llevar el mensaje de Dios a nuestro pueblo.

Pero esa no es la razón principal por la que venimos a Misa. No es la homilía, no es la música. De nuevo, estas cosas no carecen de importancia, pero no son las razones por las que venimos a Misa. Venimos a la Misa para nutrirnos y alimentarnos y para encontrarnos con el Señor en la propia Eucaristía. Si entendemos eso, ¿qué más se nos puede dar? ¿Qué más podríamos recibir que recibir la vida misma de Dios? Y que hay un momento especial en el que recibimos al Señor en la Eucaristía... y después de eso en el que está presente de forma única para nosotros. Y cómo no sentimos totalmente maravillados y asombrados de que el Señor de los señores, el Rey de los reyes, el creador del cosmos, se haga presente ante nosotros de esta manera tan íntima. Y ese tiempo de recibirlo en la Eucaristía, y ese tiempo después de la comunión se convierte en un tiempo muy profundo para nosotros si lo aprovechamos. Entonces, ¿cómo podemos decir que no obtuvimos nada de la Misa cuando recibimos el pan de vida, cuando recibimos la vida misma de Jesucristo?

Así que les animo a que, mientras continuamos nuestro viaje por este sexto capítulo del evangelio de San Juan y escuchamos la reacción de la gente, piensen: “Vaya, no están reconociendo a Jesús”. Pero, ¿reconocemos a Jesús de la forma en que prometió estar presente en nosotros? Este sorprendente don que confió a su iglesia primitiva. Y lo vemos en las Escrituras, pero también en los primeros escritos cristianos, que la fracción del pan, como llamarían entonces a la Eucaristía, era una parte central de la vida cristiana. Y que, desde el principio, los cristianos se reunieron para este encuentro con Jesús, que es la Eucaristía.

Así que, al continuar con estas reflexiones, sigamos reflexionando sobre lo que el Señor nos ofrece en todas y cada una de las Misas. Y, ¿creemos que es el pan de vida? ¿Creemos que este pan de vida ha bajado del cielo para ofrecerse a nosotros? Y que, si comemos este pan, si lo hacemos con fe, en aquel que nos ha dado esta Eucaristía, este pan vivo, como dice Jesús: “El que coma de este pan vivirá eternamente. y el pan que yo daré es mi carne para la Vida del mundo”. Si lo entendemos, si lo aceptamos, ¿qué podría darnos miedo? Ni siquiera la propia muerte puede llenarnos de miedo si entendemos y aceptamos las palabras de Jesús en este discurso sobre el pan de vida, que efectivamente él es el pan de vida y ha dado su carne para la vida del mundo. Él se ha entregado por nosotros.

Así que gracias por acompañarme hoy, y espero que continúen mientras recorremos este sorprendente sexto capítulo del evangelio de San Juan. Que el Señor los bendiga y que su corazón esté abierto cuando lo reciban en este bendito sacramento para darse cuenta del milagro en el que está participando. Gracias por escuchar. Que Dios los bendiga. (música)